

REPORTAJES, COLABORACIONES Y CRONICAS DE TODO EL MUNDO

COLABORACION

Carta de París

Carta de la Ría

ESPERANDO A PICASSO

Bien; no han podido venir a Madrid los treinta y tantos cuadros originales de Picasso que este pintor envió a Barcelona, donde han estado expuestos unas semanas. Se pretendió, según parece, que terminada su exhibición en la Ciudad Condal, viniesen a Madrid, para ser expuestos en el gran salón del Círculo de Bellas Artes. Bien se ve que no ha podido ser. Los cuadros han sido trasladados en avión a Cannes, donde reside el pintor malagueño. Ahora, en este Círculo se ha montado e inaugurado una Exposición de pintores laureados, socios de honor, con treinta y tantos cuadros de Vázquez Díaz, los Zubiaurre, Moisés, Soria, Aedo, Pellicier, Benedito, Pancho Cossío, Segura, Vaquero, Núñez Losada, Vila Puig, Muntané y otros muchos que en el momento actual son honor de la pintura española.

No hemos tenido ocasión de ver directamente las obras de Picasso, aunque si en buenas reproducciones a todo color. Son a lo que se dice, cuadros que el pintor no ha querido vender, sino reservárselos para sí. En ellos, puesto que eran para su privativo gusto, se ha permitido toda suerte de licencias. Figuras desoyuntadas, desproporcionadas, no sólo al margen de toda forma natural, sino hasta de la fisiología, ya que nadie tiene un ojo en el rostro y otro en el aire.

Ya sabemos que si Picasso quisiera pintar a la manera clásica, o sea, poniendo cada cosa en su sitio, sería un gran pintor, como lo son otros; pero entonces no sería Picasso, y sus cotizaciones no serían tan fabulosas como lo son.

Si los cuadros del pintor malagueño hubieran venido a Madrid, se hubieran formado colas para contemplarlos, por lo menos en los primeros días. ¿Admiración? ¡Ni hablar! Simple curiosidad. Comprobar hasta qué límite se ha burlado de los «nobis» adinerados, unas veces con pedazos de periódicos pegados al lienzo, otras con un revoltijo de medios ojos, medias guitarras y cartabones, y otras con formas elefantíacas y teratologías clínicas. Hay quien dice que todo eso tiene mucho mérito... Es posible; pero la mayor parte de los mortales no lo vemos. Destrozar de ese modo la belleza creada por Dios, maltratar de tal manera lo que más elevado tiene la figura humana, es una hazaña incomprendible para quien confía en la rectitud de sus sentimientos propios. Frente a todo eso que, repito, no he podido ver personalmente, pero que me figuro como es, después de tantos cuadros de Picasso como he visto por Europa, yo me he recreado recorriendo la Exposición de laureados maestros, instalada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Ya sé que hay quien opina que la pintura de Benedito, Moisés, Soria, Pellicier, Vázquez Díaz, etc., es cosa pasada, ajena a las tendencias contemporáneas. Pero yo creo que hay dos clases de cosas: las que «pasan» y las que se «quedan». O sea, hay menor diferencia formal entre una figura de Velázquez y otra de Zuloaga, por ejemplo, que entre una de este último pintor y otra de las extravagantes de Picasso. Porque Velázquez y Zuloaga ponen las cosas como son y en su sitio; pero no se les ha ocurrido poner a un rostro humano dos narices una de frente y otra de perfil, o colocarle a un desnudo de mujer uno de los senos en un hombro y el otro a medio palmo del ombligo, o cruzar unas rayas sobre unos chafarines de color y decir que ello representa a San Pablo en el aeroplano de Atenas.

Todos estos adefesios y otros de pareja laya los perpetran los picassianos, cuyo arte dicen que «quedará», aunque no sabemos dónde. Nada de esto quiere decir que no se pueda o deba evolucionar. Ahí están los retratos que hacen Vázquez Díaz y otros, que lo prueban. Pero evolucionar no es transformar. Las paletas cambian, el concepto de la luz cambia, como cambia la técnica. Lo que no ocurrirá nunca, como no se trate de un fenómeno de feria, o de una caricatura burlesca, es que un rostro tenga los dos ojos en una de las sienes o la nariz bajo una de las orejas.

A. J. ONIEVA

El petróleo sahariano y la Bolsa



PARIS.—En pleno Sahara y dentro de una zona donde existen varias importantes explotaciones petrolíferas, ha sido descubierto un nuevo yacimiento. Entre otras ventajas, posee la de hallarse, prácticamente, al lado de un oleoducto en construcción; con un simple ramal corto y barato, será posible evacuar el hidrocarburo extraído de unos pozos que parecen tan abundantes como fáciles de explotar: la primera perforación ofrece alrededor de nueve metros cúbicos por hora y la «nappe» se encuentra a la profundidad económica de 1.300 metros. Los que entienden de «derrick» y demás, que los resultados de sus cálculos. Descubrir un yacimiento petrolífero no es como tropezarse con un yacimiento puede ser algo así como una pastilla de jabón que haya ido saltando y deslizándose, de mano en mano o de plegamiento geológico; en cuyo caso habrá dejado un poquito de mella en varios sitios. Es frecuente encontrarse sólo con ese poco; entonces, los equipos especializados se hacen el Sherlock Holmes y empiezan a tender sus telarañas; sus «contadores» («Geiger», sus sísmógrafos especiales destinados a controlar caídas de explosiones, sus duras sacias, pesadas y costosas perforadoras. Puesto que un metro de perforación cuesta, en promedio, unas seis mil pesetas, salen carísimas las investigaciones dentro de la bañera en busca de la pastilla de nuestro ejemplo. Es, pues, muy natural que los especialistas sean, mucho más que unos «entendidos», unos simples y prudentes «entendidos». Y el «entendido», antes de evidenciar satisfacción, cuenta, calla y compra.

Cuando, antes de hacer eso, el «entendido» chilla y vuelca alfileras, es porque está seguro de haber dado en el clavo. En el caso que motiva esta crónica, los especialistas manifiestan un optimismo o extraordinario. ¿Han dado en el clavo de la pastilla?

LOS DE LA BOLSA APUESTAN POR DE GAULLE. El feliz agujero número 1 ha sido practicado por cuenta y riesgo de la «Compagnie de Recherches et d'Exploitation du Pétrole Saharien», sociedad constituida por un tercio de capitales («Shell») y dos tercios de dinero estatal.

Tres o cuatro días antes de que llegase el noticia a las publicaciones especializadas en temas económicos, algunos agentes bien informados comparecieron en la Bolsa

La foto de hoy



El mal gusto —como todo— tiene un límite... o debería tener un límite. Que no es lo mismo tener mal gusto para armonizar un traje y una corbata que para hacer una lámpara con una calavera... Porque eso que ven ustedes —aunque les cueste creerlo— es una calavera auténtica, lo que llevaba sobre los hombros un hombre o una mujer, el recipiente donde horgueaban sus saberes, sus recuerdos, sus ilusiones... La chavala —que es un bombón, y que juega a parecerse a Jacqueline Kennedy— asistió a un baile, en el baile todas las mesas tenían una lámpara así, y se hizo una foto. Nadie tuvo la elegancia de impedirlo. Y es que los elegantes —espiritualmente, se entiende— no van a ese baile... o van a la fuerza, mondados, reducidos a hueso, con dos bombillas adentro.

El baile se celebra todos los años en una ciudad de Europa —la ciudad no tiene la culpa— y lucha —se dice— contra la superstición... lo que nos parece muy bien. Pero ¿qué entienden por superstición los organizadores? Naturalmente, nosotros aplaudimos cuanto se haga —en broma o en veras— para librar a las gentes de temblar cuando un salero se derrama, cuando se rompe un espejo o cuando, en una encrucijada del tiempo, coinciden un tece y un martes... Pero, naturalmente, nos indignamos contra esto, porque esto —hacer lámparas con calaveras— ni es lucha contra la superstición ni nada constructivo, sino fea, triste, amarga gracia de gentes que han perdido el equilibrio de la sensibilidad...

Y ahora sí que va a importarnos morir... Ahora, sí que ha de ser penoso terminar de lámpara de sala de baile, para alumbrar cosas que, a lo peor, son enemigas de la luz.

FELIX ANTONIO

Ultima columna

EL TERRIBLE MIEDO

Parece que el Presidente Kennedy supo jugar bien durante su campaña electoral a propósito de un secretísimo informe que había recibido el Departamento de Estado sobre la pésimas opinión que se tenía de los Estados Unidos más allá de sus fronteras y que la Administración republicana del Presidente Eisenhower se negaba a hacer público.

Por fin se hizo público y hemos tenido que sonreírnos. Los que dice ese informe tan secreto lo podían haber averiguado los americanos preguntándolo a cualquier extranjero, pero prefirieron cerrar los ojos para seguir viviendo a gusto en la rutinaria repetición de que América es el mejor de los mundos en todos los aspectos. Y aquí es donde, el entonces senador Kennedy, supo jugar y lo que hizo fue honrado: «destruyeron el pastel», como decimos, hacer caer a los americanos de las nubes hasta el santo suelo.

Así hemos sabido de manera oficial lo que ya sabíamos de todas formas: que la economía americana no era tan boyante como se decía, que los errores habían sido muchos y que no había sido el mejor el de engañarse a sí mismos hasta el punto de que, en el pasado otoño, antes de la campaña electoral, un hombre de negocios americano se quejaba de que parecía un traidor a los ojos de muchos de sus compatriotas si asejaba, como era verdad, que los hornos de fundición trabajaban a menos del cincuenta por ciento de su capacidad, y un especialista en política exterior confesaba también que él votaba en favor de decisiones que personalmente creía catastróficas, pero que no le hacían sospechoso.

Desde luego, es doloroso y gravísimo que confesar la verdad le haga a uno sospechoso de lo peor en una sociedad. Porque esto denuncia que esa sociedad está montada sobre la mentira o, al menos, sobre el miedo a la verdad, y toda esta historia americana que cuento iba a esto: a que nos demos cuenta que si el mentirse a sí mismos en el aspecto político o económico es contraproducente, es mucho más grave en el aspecto religioso, y «los Kennedy», que se levantan contra las bellas mentiras, no merecen ser tratados de destructores. El miedo nunca es cristiano, pero el miedo a la verdad es anticristiano, aunque este miedo exista abundantemente en esta cristiandad.

¿De dónde nace este miedo? El pasado año ha aparecido en Canadá un pequeño libro delicioso y profundo: «Las insolencias del Hermano Untel», y en él hay un capítulo dedicado al miedo, ese «miedo de los bien pensantes» que decía Bernanos: miedo a pensar para no ser herjes, miedo a actuar para no equivocarse, miedo a enfrentarse con los problemas del mundo para no fracasar, «miedo a informes y estadísticas, miedo a la libertad y miedo a la autoridad, miedo a la cantidad que no es razonable, miedo a la Cruz». El miedo difundido en el cual vivimos —dice el «insolente» Hermano Untel— esteriliza todas nuestras actuaciones y nosotros buscamos lo más seguro: no decir nada, no pensar nada, mantener las mismas cosas (...). Lo que nosotros practicamos aquí es la pureza por la esterilización, la seguridad por la repetición material; nos imaginamos que solamente hay un medio de andar en el buen camino: no andar; un solo medio de no engañarse: no buscar nada; un solo medio de no perderse: dormir... Esta claro, pues, que nuestro miedo nace de nuestras ataduras a las situaciones lucrativas y brillantes, de la falta de fe, de nuestro cristianismo fácil, del que no queremos que nadie nos saque, diciéndonos, por ejemplo, que el cincuenta y seis por ciento de los habitantes del barrio del Pacífico, de Madrid, mueren sin sacramentos, que entre los obreros de Zaragoza sólo hay un doce por ciento de practicantes o que nuestros jovencitos universitarios renuncian alegremente a las creencias religiosas. Cuando nos dicen esto, nos encolerizamos y acusamos de lo peor a nuestro informador. No tenemos todavía la pasión por la verdad, que es uno de los signos del cristiano. Pero Dios quiera que nos vayamos desasando poco a poco, de los miedos a esa verdad y que no amemos jamás ni a la más bella de las mentiras.

MANUEL BASAS

Teneísmo, humanismo, panarabismo. ¿Cuántos ismos! nosotros debemos decir. Catolicismo por medio de misionarismo y en nuestro caso, misionarismo de la infancia. Para esa finalidad se te pide en el «Día de la Obra de la Santa Infancia», oración, sacrificio, ofrenda.

EUROPA: PARADA Y FONDA

Cuatro consejos útiles

Por Miguel Delibes

Y XI. Creo que va siendo hora de poner punto final a este repertorio de fugaces impresiones sobre Alemania. En realidad estos artículos van naciendo sobre la marcha, sin otra base que los recuerdos y, por tanto, un poco a la pata la llana y un mucho sin orden ni concierto. Mas a la hora de cerrar, advierto que me quedan entre los puntos de la pluma una serie de cosas que, probablemente porque se dan por sabidas, nadie se ha molestado en subrayar, si e n d o así que ellas constituyen, de una parte, nuevos indicios reveladores del temperamento germano y, de otra, unas valiosas advertencias que el presunto turista me agradecerá sin duda. Para concretar un poco y no marcharnos por las ramas, vamos a enumerar estas cuestiones: 1.ª Tráfico urbano; 2.ª Camas alemanas; 3.ª El pan, y 4.ª. El circo como peligro de la carretera. Vayamos por orden:

humillado, aniquilado, literalmente k. o. A no ser, naturalmente, que escoja para su entrada esas horas en que la ciudad trabaja y sus motores duermen, pero tales horas, en las grandes urbes, son muy difíciles de precisar. 2.ª asunto: Las camas germanas. La cama alemana constituye una dolorosa sorpresa para el turista. La cama alemana carece de sábanas, carece de mantas, carece de colcha. ¿Qué tiene, pues, la cama alemana? La cama alemana solamente tiene el colchón y una frazada, o mejor dicho, un edredón de pluma de ganso para cubrirse. De entrada, el turista español reacciona en celibero, se cree objeto de una broma pesada, protesta y maldice. A los celiberos nos gusta cerner el sobrante de sábanas y mantas bajo el colchón, por los costados y los pies. Dejar éstos a la intemperie nos impide conciliar el sueño, se nos antoja un alevoso atentado contra nuestra salud. La primera vez que el cronista se enfrentó con esta modalidad de cama, tras una prolongada reflexión, decidió introducirse todo entero en la funda del edredón como esos bebés que en invierno son paseados por los par-

ques públicos, cómodamente embutidos en sus sacos-mantas. No obstante, a los tres días, las camas alemanas conquistan al viajero. El edredón, tan liviano, tan alacra, no pesa pero abriga, se adapta al cuerpo con una ductilidad pasmosa, no proporciona ni más ni menos que el calorcito que uno precisa. En cuanto a los pies... Uno ignora lo que ocurre, pero en Alemania no ha notado los pies. De ordinario los pies del cronista se enfrían a últimos de octubre y no reaccionan hasta bien entrada la primavera. Pues bien, en Alemania—incluso en las camas alemanas— el cronista no ha notado que tuviera pies y sabido es que cuando el hombre no nota su cuerpo es que el cuerpo marcha. Pero seguramente el hecho de que los pies no se noten en Alemania se debe al cuidado que en este país se presta a los ambientes, en el acondicionamiento perfecto de los interiores, de la temperatura de los interiores, incluso en los modestos hoteles y restaurantes que uno encuentra en el camino.

3.ª cuestión: El pan. Usted se sienta por primera vez a la mesa (Sigue en séptima plana.)

El mal gusto —como todo— tiene un límite... o debería tener un límite. Que no es lo mismo tener mal gusto para armonizar un traje y una corbata que para hacer una lámpara con una calavera... Porque eso que ven ustedes —aunque les cueste creerlo— es una calavera auténtica, lo que llevaba sobre los hombros un hombre o una mujer, el recipiente donde horgueaban sus saberes, sus recuerdos, sus ilusiones... La chavala —que es un bombón, y que juega a parecerse a Jacqueline Kennedy— asistió a un baile, en el baile todas las mesas tenían una lámpara así, y se hizo una foto. Nadie tuvo la elegancia de impedirlo. Y es que los elegantes —espiritualmente, se entiende— no van a ese baile... o van a la fuerza, mondados, reducidos a hueso, con dos bombillas adentro.

Y ahora sí que va a importarnos morir... Ahora, sí que ha de ser penoso terminar de lámpara de sala de baile, para alumbrar cosas que, a lo peor, son enemigas de la luz.

FELIX ANTONIO

LA VOZ DE LA CALLE

MATRIMONIOS NULOS

Don Ricardo Núñez del Olmo, párroco de Santiago Apóstol, de nuestra ciudad, ha publicado un interesante libro que se titula «En defensa del canon 1094 para asegurar la validez de los matrimonios». El canon 1094 se refiere a la necesidad que tienen los sacerdotes que han de unir a dos contrayentes de proveer de la correspondiente autorización de párroco del ordinario del lugar, requisito sin el cual el matrimonio es nulo, en la mayoría de los casos. Cuestión tan importante puede suponerse que ha sido bastante debatida por numerosos autores y que la publicación del libro ha sido acogida con la natural curiosidad no sólo por los sacerdotes, sino por los seglares bien preparados, entre quienes se han suscitado ya no pocas polémicas. Hace unos días, escuchamos la discusión que en una tertulia se mantenía y las preguntas que se hicieron en torno al tema. Preguntas que hemos querido trasladar al autor del trabajo, para que las de cumplida respuesta.

—A esta pregunta contesta el comentario publicado en la «Biografía» del «Boletín» de nuestra diócesis: «Siempre —dice—, con el deseo de ayudar en la resolución de los principales casos de nulidad, el autor ha puesto sobre el tapete un tema de gran importancia en el orden pastoral...» Podría añadirse a esto que el dedicar los pocos ratos libres que algunos días me deja la parroquia al estudio de algún punto que se salga de lo corriente, me sirve de descanso y entretenimiento muy gratos. —Son muchos, en realidad, los matrimonios nulos por contravenir el canon 1094? —No creo que sean muchos los casos de nulidad por defecto de forma canónica, y puede asegurarse que con frecuencia no se den en nuestra España por el cuidado que los sacerdotes, en general, ponemos en evitarlos. Aunque a S. Congregación de Sacramentos atribuya que los principales casos de nulidad por defecto de forma se reducen al defecto o de testigos o de legítima delegación en el sacerdote asistente. —¿A que suelen deberse, a ignorancia, acaso?

—Cuando un matrimonio es nulo, o por defecto en el consentimiento de los contrayentes, o por defecto de forma canónica, lo que ha de hacerse es revalidarlo. —¿Y si no desean revalidarlo, ¿pueden casarse independientemente? —De la ceremonia inválida no ha resultado impedimento alguno; por tanto, pueden separarse. Y pueden volver a casarse o, mejor dicho, casarse en realidad. —En ese caso, ¿qué pasa con el matrimonio civil ya contraído? —En España no hay problema, porque no hay tal matrimonio civil, sino que las leyes civiles reconocen como válido, a efectos civiles, únicamente el matrimonio canónico. En otras naciones, Francia, por ejemplo, donde las dos ceremonias se separan, habría conflicto que tendrían que resolver las dos potestades. —¿No habría pecado en los contrayentes? —No existe pecado alguno por ninguna de las dos partes, porque en el defecto no tienen los contrayentes culpa alguna. —¿Y los hijos, si los hubiere? —Los hijos se legitiman con la revalidación del matrimonio. —De todos los casos que cita en su libro, ¿cuál suele ser el más común? —Los cuatro casos históricos expuestos, con los cinco hipotéticos, son, a mi modo de ver, como reglas generales en las que quedan incluidos cuantos casos puedan suceder, con variaciones de escasa importancia. —Sería un remedio suprimir el canon 1094? —El remedio está en conocer la ley y poner interés en observarla escrupulosamente. No en suprimir el canon 1094, ni siquiera en reformarlo, como defienden algunos comenaristas eminentes, pero equivocados en este caso, a mi humilde parecer. Para evitar los gravísimos inconvenientes de antaño, la Iglesia ha llegado, paso a paso, hasta la perfección de la ley contenida en el canon 1094. —¿Algo más? —Creo que el estudio hecho ha de ser útil y provechoso. Sé, con certeza, que ha interesado a algunos abogados de otras provincias. Un señor párroco, de lejos de aquí, a quien no conozco personalmente, me dice: «que le viene muy bien; que es una pena que no haya caído en sus manos antes, cuando se le dieron casos en que...» —Muchas gracias y enhorabuena.

L. MARTÍNEZ DUQUE (Ilustración de Medina.)

